



Seix Barral Biblioteca Breve

Tomás González
Los caballitos del diablo

**CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL**

1.

La mujer es liviana como un pájaro y se ha aficionado mucho a las joyas. A él le gusta desaparecer en el abigarramiento de sus jardines y cafetales. La casa queda en el flanco de la cordillera, mirando a una ciudad que se extiende en un valle donde un río podrido se mueve sobre un lecho de cemento y el humo a veces se encajona, encerrado por montañas altas, y se queda flotando allí, lleno de sol, confuso y brillante.

En 1971 le compró la propiedad a una señora que vivió después en un asilo para ancianos. Lo que antes era una ciudad pequeña y distintos pueblos se había convertido, abajo, en una sola masa informe y ocre, y ya sólo se podía distinguir lo que antes fueron pueblos si en los días en que el viento se llevaba el humero se ubicaban sus iglesias, nítidas como corales blancos entre un naufragio repartido. La señora —peor que sola en el mundo— vivía con Aníbal, su único hijo, velludo, de quien se decía que atraía a los niños con promesas de regalos e intentaba violarlos entre los

cafetales. El hijo siempre se opuso a que ella vendiera la propiedad y decía que él, el que hoy desaparece entre las plantas, la estaba tratando de engañar. Pero ¿quién era Aníbal para decirlo? Cuando quería beber le quitaba, a veces con violencia, la poca plata que él mismo le había dado, y sólo le traía vergüenza y disgustos.

Cuatro cuadras de cafetales enchamizados, algunos plátanos, una hilera de pomarrosos, dos palos de limón, seis naranjos dulces y seis naranjos agrios. «¿De qué vive esta gente?», pensaba él. Le ofreció cien mil pesos y la señora dijo que no; entonces metió dos mil billetes de cien en un maletín, subió la montaña y la tentó con el billetterío, que relumbró azul en el pequeño corredor donde, sembradas en tarros de galletas, había begonias florecidas.

Ella otra vez dijo que no, que mientras su hijo no estuviera conforme, ella no vendía.

La tierra limitaba por un lado con una carretera asfaltada y por arriba con un camino vecinal oscurecido por los pomarrosos; otro lado daba a un pequeño barranco y el lindero de abajo, a un pastizal. Él había visto la casa y decidido que era ahí donde quería vivir, tal vez morir. Todavía no estaba casado. Sólo tenía treinta y cuatro años pero había recorrido mucho, a su modo, y se sentía cansado. Quería estar entre los árboles. Había conseguido, tras confusos y dolorosos altercados con uno de sus hermanos, una buena cantidad de tierra en el Valle del Cauca; estaba relativamente rico y ahora

podía escoger cómo vivir. Del Valle traería también a Pilar, la que se parece a un ave.

2.

Aníbal no se quitaba nunca una ruana que tenía el color polvoriento de las mariposas nocturnas. Cuando las mamás querían asustar a los más chicos fingían llamarlo: «¡Aníbal! ¡Venga, Aníbal, que este muchacho no quiere parar de joder!».

A veces tenía plata, pero nadie sabía de dónde la había sacado. De día recorría las lomas como perro solitario, sin rumbo, saliendo de los cafetales a la carretera y volviéndose a internar entre los cafetales. Y bebía y fumaba por las noches envuelto en la ruana, sentado al borde de la carretera, donde la gente se lo encontraba de sorpresa y siempre con un sobresalto. Parecía estar en todas partes. El día que lo apresaron, los gallinazos volaban en el aire sucio, y los policías, mientras el niño escapaba inerme y aterrorizado entre las matas, patearon a Aníbal, que rodó en silencio, rencoroso y velludo, en la hojarasca. Un bolillazo le descompuso un brazo y otro le partió un omoplato. Más tarde los policías despanzurraron de un balazo el candado, gordo como una tortuga, del baúl de lata que Aníbal mantenía al lado de su cama y encontra-

ron trompos, carritos de cuerda, aviones, valeros de madera y pistolas de agua.

3.

Días después, cerca del pastizal y perdidos entre el cafetal enchamizado, él encontraba cuatro guayabos. Uno daba frutas de pulpa blanca, los otros de pulpa roja, y todas —falta de fósforo, pensaba— estaban plagadas de gusanos. Recorría la tierra como si ya fuera suya y miraba cada brote, cada fruta, y aspiraba con cuidado el olor de la hojarasca ya casi convertida en tierra. Pedía prestado el machete que había sido de Aníbal y, con cortes precisos que dejaban la vibración del metal suspendida en el aire, cercenaba las hojas muertas de los plátanos. Bajo el humero brillante se movían en la ciudad, abajo, las letras de cambio, las deudas, los cobros. En los cafés la gente hablaba de cheques devueltos, utilidades, porcentajes. Se movían los buses. Los vendedores de mangos tasajeaban, frenéticos, los mangos.

No hubo quién sacara a Aníbal de la cárcel. El abogado que él le consiguió no era el mejor pero, aunque bebía, tampoco era el peor, y el mismo Aníbal, con su arrogancia y su sodomía cínica, supo enemistarse con jueces y carceleros y hundirse para siempre en la cárcel. En su oficina —no la del abogado, quien compartía una oficina polvorienta con otros tres colegas de poco

brillo—, arreglada con una combinación de lujosas reproducciones de Lautrec y objetos viejos audazmente decorativos, él, detrás de un ancho y sólido escritorio de madera, oía hablar a Ariel, el abogado, mientras pensaba: «Hombres de leyes con gafas del color de los coleópteros mierderos. Alcohólico. Miren a este. Aqua Velva. Dulces de menta para no tumbar a los clientes con el tufo. Gonorreas. Por la mañana, sin lavarse los dientes, lee todos los periódicos que se publican en este país; a mediodía, sin lavarse los dientes, sale a ganarse la vida, y por la noche se emborracha oyendo bambucos. Puede ser que tenga un tiple».

Ariel hablaba y a él le tocaba ir dándoles vuelta, unas veces a los giros legales, otras a las metáforas como en carne viva, nacidas del lúcido pavor de la resaca, o a la descripción de la maraña corrupta del sistema legal, para orientarse y saber cuándo el pobre alcohólico de gafas color de cucarrón le iba a dejar saber que a Aníbal ya no lo sacaban fácil ni pronto de la cárcel y que, dado su temperamento, no saldría tal vez nunca de ella, al menos vivo, pero que todo no iba a salir demasiado caro.

La oficina quedaba en el primer piso de un modesto rascacielos. Allí funcionaba desde hacía poco el negocio que había sido de su padre. Durante treinta años el viejo había trabajado en un local pequeño, sobre una calle bulliciosa, en una casa de un piso y techos de teja de barro que había sido renovada para oficinas. En su juventud, trepándose con alegría a mulas, barcos,

buses o avionetas, su padre había vendido sombreros, gramófonos, traganíqueles, telas, madera, todo lo que se dejara vender en donde dejara venderse. Después se había enamorado, casado, le empezaron a nacer los hijos y había tenido que pasar trabajos e ingeniárselas hasta conseguir un negocio bueno y estable. Desde entonces y durante treinta años abrió los mismos candados con el mismo juego de llaves, que en el momento de su muerte eran delgadas ya, como hostias de cobre.

Cuando su padre murió, él, el que hoy se pierde entre las plantas, le compró los derechos del negocio a casi todos los hermanos, barato, pues en ese momento nadie quería manejarlo: Emiliano, el mayor, vivía ya en el Valle del Cauca; David, el menor, estaba en Francia; las hermanas se habían casado y vivían en Bogotá, y el otro hermano, J., un año menor que él, no vendió sino que le alquiló su parte por una suma baja, casi nominal, con la condición de que podía hacerse socio activo cuando lo necesitara.

—Tarde o temprano lo voy a necesitar —le dijo J.—. Pero sé que con vos no tengo problema.

4.

Las discusiones por la tierra con Emiliano fueron siempre agotadoras, a veces violentas, con insultos y gritería. Pero al final nada se pudo lograr, todo fue

un desastre. Dejaron de hablarse y, dos años después, refiriéndose a él, Emiliano todavía le repetía a su mujer:

—Hijo de un comerciante honrado, fijate. Nieto de un maestro de escuela. Nieto de un médico rural al que había que esconderle la plata para que no se la regalara a los pobres. Explicame vos a este de dónde lo sacaron.

Emiliano, el mayor, en pantaloncillos, podaba su rosal en el patio central de una casa grande que tenía vista a los algodones florecidos, donde los sistemas de riego parecían arrojar chorros de luz. Emiliano tenía treinta y siete años y estaba rico, pero, según él mismo decía, ya no lo estaba tanto como cuatro años antes, cuando su hermano había venido a administrarle los algodones. Al piso caían las ramas llenas de púas, mientras dos picaflones revoloteaban como moscas en el sol que descendía a torrentes en el patio.

—Ni idea —contestó su mujer—. Pero si seguís podando así, no va a quedar ni tierra.

5.

Noche tras noche, contó el abogado, Aníbal se había entregado a pulir contra el cemento de la celda un pedazo de bisel de automóvil hasta convertirlo en un estilete de diez centímetros, al que le puso empuñadura de esparadrapo. Cuando lo terminó, y como toque final, le buscó pleito al primero que vio y se lo enterró en el

hígado. Estertores. Muerte rápida. Aníbal rodó por el suelo, velludo, en silencio, mientras los carceleros le partían un tobillo a culatazos, y a patadas la nariz y los dientes. Ocho días después salía enyesado de la enfermería, con gasas sanguinolentas en la cabeza y la nariz, y se dejaba conducir al quinto patio, el peor, orgulloso como un arcángel maldito.

Ariel, el abogado, dio su informe sobre Aníbal y sintió que estaba pasando algo que no entendía: no se le contradecía, se le hacían preguntas para las que no parecían importar las respuestas y no se cuestionaban sus honorarios. En sus intestinos adoloridos por la resaca, los gases abrían y cerraban esclusas, cambiaban de sitio y rechinaban.

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

6.

—Además, fíjese que no le conviene vivir sola. ¡Por estas lomas camina gente mala! —le decía él a la mamá de Aníbal.

Iba a dejar las begonias en los tarros de galletas. Uno de los pilares que sostenían el techo en el corredor, la guadua más gruesa que había visto en su vida, brillaba como si estuviera barnizada. Los otros pilares eran corrientes, estaban pintados de azul y él iba a pelearlos y barnizarlos. Todo lo de madera iba a quedar color madera.

—¡Ay, no diga eso doctor!

No era por interés, dijo él. Era por su bien. Lo del abogado podía esperar; no se lo estaba cobrando.

—Yo sé, doctor. ¡Ay, Jesús, María y José, bendito!

El asilo quedaba en una casa que tenía azaleas florecidas en el patio central y árboles de mango en el solar. Algunas monjas tenían sombra de bigote. Las camas de los ancianos estaban distribuidas en los distintos cuartos, con el testero contra la tapia, una cruz sobre el testero y bajo cada cama una bacinilla de peltre blanco. Era un asilo limpio, las monjas querían a sus viejos, la comida parecía buena. A la mamá de Aníbal la pusieron en uno de los cuartos con ventana al solar, por donde podían verse las ramas de los árboles y los colores de los mangos maduros.

Todo lo de madera quedó color madera. Los pilares y las ventanas habían sido pintadas muchas veces y el proceso de pelarlas era lento y caro. J. le recomendó un carpintero.

—Vas a ver —le dijo J.—. El hombre es callado como un demonio y es muy buen carpintero. Pero no sólo es carpintero, sino que es albañil, plomero, y sabe de matas, sabe de animales. Mejor dicho, vas a ver.

El carpintero se llamaba Fausto y le ayudaba su hijo, Augusto. Los dos eran flacos, bajitos, correosos, callados como sombras. Cincuenta años el papá, diecinueve, a lo máximo, Augusto, quien se aplicó a raspar la pintura con una cuchilla de afeitar y papel de lija, y a frotarla con trapos empapados en disolvente, día tras día, hasta

quitarle toda la pintura. Fausto se amarró un pañuelo en la cara y, metido en una nube de polvo, le hizo un roto a una tapia para empotrar allí la ventana antigua que él había comprado en una demolición. No era una ventana propiamente dicha, sino uno de esos tabiques con vidrios de colores que se usaban en los comedores de las casas viejas. Y como no cabía entera en la pared, Fausto colocó la mitad en la tapia y guardó la otra mitad en un cobertizo medio caído que alguna vez había sido gallinero. Abajo la gente de vez en cuando se mataba. Pasaban buses repletos, rumbo a fábricas, colegios. En los cafés se hablaba de cheques devueltos, utilidades, porcentajes. En las puertas de iglesias y catedrales se juntaban como palomas los loteros.

Emiliano, el mayor, había viajado a Bogotá para convencer a su madre y a sus hermanas; también le había hecho una visita a J. para tratar de convencerlo, en todo caso para advertirle, e incluso le escribió al menor, que por entonces estaba en Francia, a quien nadie tenía en cuenta en cuestiones de negocios. Ninguno pensó que Emiliano estuviera mintiendo, por supuesto, pero como había que escoger entre la posibilidad de un hermano mentiroso y otro ladrón —nadie, aparte de Emiliano, se atrevía a mencionar la palabra—, el asunto fue considerado una especie de malentendido: ni el uno estaba mintiendo ni el otro había abusado de ninguna confianza y se había quedado con bienes que no le pertenecían. Y así, después de llamar malentendido a aquella horrible confusión, cada uno en la

familia siguió en lo suyo, haciéndose la ilusión de que la unidad familiar permanecía intacta.

Cuando se produjo el primer asesinato, algunos dijeron que Emiliano se había desmoralizado después de lo que consideraba como haber sido robado por su propio hermano, y que se había dedicado a beber y a exponerse. Otros opinaron, en cambio, que lo sucedido no había sido ningún robo. Emiliano, dijeron, habría bebido y se habría expuesto de todas maneras, pues el gusto por el peligro estaba en él.

7.

En un almacén de materiales de demolición compró cuatro ventanas viejas, con barrotes de madera y calados decorativos, y estuvo a punto de remplazar con ellas las de la fachada, sencillas, de barrotes verticales de hierro que atravesaban vigas horizontales de madera. Pero al fin cambió de opinión y guardó las cuatro ventanas en el gallinero, que Fausto había apuntalado y Augusto rodeado de helechos y una planta muy jugosa y vigorosa, conocida como balazo.

Amigos y familiares subían a la finca y se asombraban de lo barata que le había costado. Admiraban el acierto de dejar las begonias en los tarros de galletas, al estilo campesino; admiraban la guadua enorme que servía de pilar central y había sido cuidadosamente

barnizada. Y si pensaban que la ventana con vidrios de colores era desproporcionada para la tapia donde había sido empotrada y que sus vidrios oscurecían aún más una casa ya demasiado oscura, no decían nada.

Viajó al Valle del Cauca a vender su tierra y a casarse. La mujer era delgada, no muy alta, y a mucha gente le parecía bella. «Parece una modelo», decían. Después empezaban a conocerla y le iban encontrando también el parecido a un ave.

Cuando le compró la propiedad a la mamá de Aníbal, los vecinos eran en su mayoría campesinos que vivían en fincas como la suya, de cuatro cuadras o menos, y les sacaban algo de café y de plátanos. Algunos miembros de las familias trabajaban abajo, en las fábricas, y sólo usaban los machetes los fines de semana, para limpiar algún rastrojo o descolgar algún racimo de plátanos. Abajo, después del pastizal, había una familia que vivía en menos de un cuarto de cuadra, en una casa de ladrillo sin revocar, siempre inconclusa. El padre, la madre y dos hijos habían llegado acá, quince años atrás, huyendo de un pueblo azotado por las matanzas, y el padre había trabajado desde entonces en una fábrica, hasta su muerte. Durante esos quince años nacieron diez hijos, para completar doce: Hélmer, Fáver, Omaira, Rósemer, Cádír, Doriluz, Alurdes, Alirio, Helpidio, Darío, Gusmara y John Elkin, quien, cuando él compró, todavía estaba de teta. Todos tenían el color desteñido de los blancos empobrecidos.

8.

Abajo, en una casa que quedaba entre un edificio de cinco pisos y una panadería, vivía Ángel, un primo suyo que fabricaba faroles de cobre y les ponía vidrios antiguos de colores. Ángel, flaco y ligero, bebía y hablaba con los muertos. «No se sabe si bebe porque habla con ellos o si habla con ellos porque bebe», decían —por decir, pues a mucha gente le gustaba saber que la mamá los recordaba mientras flotaba en un estado de absoluta serenidad y complacencia—.

El primo le vendió diez faroles y él colgó tres en el corredor, uno en la cocina, que contrastó muy bien con la ahumada estructura de guadua del techo, uno en la sala oscurecida por la ventana de vidrios de colores y otro en el único dormitorio de la casa, atrás, cuya ventana daba a un pequeño patio y a un barranco cortado en la montaña, que cuando se llenaba de sol inundaba el cuarto y casi enceguecía con su azafrán violento. Los demás faroles los guardó en el gallinero, donde se empezaron a acumular también los postigos, las puertas, los calados de madera y ahora una escalera de púlpito en forma de caracol, de madera, cuidadosamente desarticulada y empacada, que había comprado en la iglesia de un pueblo donde la habían remplazado por una de cemento y mármol, y que pensaba usar cuando construyera un cuarto arriba, como un segundo piso.

9.

Entonces llegó Pilar y empezó a sonreírles a los vecinos. Era todavía muy joven y parecía conservar la frescura de la niñez. «No tiene tetas». «Parece una modelo». «Parece un muchacho». Opiniones expresadas por distintas personas en distintos sitios y ocasiones, todavía recién llegada.

—Oíste, ¿y esa para qué mantendrá esa sonrisita cagada a toda hora? —le preguntó a J. su mujer, Elena, que era muy atractiva, aunque podía ser vulgar y parecer medio salvaje, especialmente cuando bebía.

Pero no se pasaron a la casa hasta que el cuarto de arriba estuvo terminado. Augusto y Fausto cubrieron la ventana de vidrios de colores con cartones bien asegurados, para que no la dañaran los escombros que cayeran cuando se hiciera el hueco en el techo por donde iba a entrar la escalera de caracol. Las tejas, verdes de musgo, algunas con malezas retoñadas, fueron apiladas al lado de la casa, cuidando no matarles el musgo o las malezas. Él no quería tejas nuevas. Y se levantaron arriba los muros de ladrillo del nuevo cuarto, y se volvieron a colocar las tejas, y se le puso como ventana el resto de la división de vidrios de colores que durante casi un año había reposado en el gallinero.

De la casa al gallinero se bajaba por un camino de piedra de un metro de ancho y unos veinte de largo que, cuando él compró, ya había perdido muchas piedras. Fausto subió con un cargamento en una volqueta y las